

Edmundo Concha: Defensor del Idioma

Crítico literario y autor de la columna «Día a día» que por décadas se ha publicado en la página editorial de «El Mercurio», Edmundo Concha emprendió esta semana su último viaje, después de haber formado, además, a generaciones de periodistas. «La palabra exacta me apasiona, me quema, la busco, y si no la encuentro, la dejo en un cajón», había declarado hace unos días a «Revista de Libros». De esa incansable vida literaria escribe Luis Sánchez Latorre, Filebo.



ERA un lector en estado puro. Vía quedando pocos de su familia. Abría un libro de Rainer María Rilke y recogía esta piedra preciosa: "Nadie sabe lo que es una muchacha". Una vez, él, que no se confesaba con nadie, confesó esto en una página: "El recuerdo más hondo de mi infancia proviene de la primera vez que vi el mar. Su móvil inmensidad me produjo una impresión cósmica. Es explicable. Creo que esa es una de las visiones que más pueden impresionar a cualquier niño".

Le fascinaba sobremanera el estruendo literario. No obstante, no ocultaba su fascinación ante títulos de Manuel Peyrou como *El estruendo de las rosas* y *La noche repetida*.

Amaba la literatura por sobre todas las cosas. Amaba el uso digno del lenguaje. Decía: "En otro tiempo, que ya parece lejano, el lenguaje procrea era exclusividad de la gente de extramuros, esa que no había pasado por ninguna escuela, que conocía sólo el lomo de los libros y que se comunicaba con un lenguaje mínimo. Pero en los últimos años ese lenguaje espurio se ha extendido a otros círculos, donde se supone que resulta impropio. Lo usan a diario personas que han superado con éxito todos los niveles de la educación, incluida la universitaria".

Fui su amigo y lector durante muchos años. Creo haberlo conocido de veras. Nuestra amistad se templó en la discrepancia. Al parecer tenemos las mismas ideas generales, pero ya en lo particular diferíamos a menudo. Por ejemplo, sostenía que Azorín era agua destilada, que Baroja era una imagen del desorden y que Joaquín Edwards Bello —nuestro genio nacional— representaba el peor desasos del estilo. A don Alfonso Reyes, el mexicano universal, le reprochó cierta monótona dedicación a los asuntos helénicos en perjuicio del compromiso con los problemas de la cultura moderna.

Don Alfonso Reyes no demoró en acusar el golpe. Algo compungido, explicó que su pasión nacía de saber que no había cultura moderna sin pasado helénico.

A Edmundo Concha le tomaron buena ley personas como Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Marco Decrovi, Hernán Díaz Arrieta, Pablo Neruda, Jorge Milán, José Santos González Vera, Manuel Rojas. En una época hicimos juntos unas entrevistas imaginarias en que el personaje de fondo aparecía ensalzado en lo que precisamente no era. Puntamos a Pablo de Rokha burlando del tumulto y la polémica; a Nicomedes Guzmán convertido en un adicto de los "salones" de Marcel Proust; a Reinaldo Lomboy abominando de los escritores incapaces de descubrir el brillo literario del purpet del Hotel Carrera; a Pablo Neruda lleno de dardos acerrados contra los poetas metidos en política, etc. Como la literatura chilena es murena y acompañada, saltaron con premura a la palestra los heridos en un ala: "no se puede elogiar lo que no se es". Lomboy —según Nicomedes Guzmán— tenía ganas de llevarnos a los tribunales de justicia. Gonzalo Drago le escribió una carta a Edmundo Concha en la que lo instaba a "no reñir de la indigencia económica de los escritores".

Con el andar del tiempo, desde su juventud en que como ejercicio político había escrito su novela *Los Gusanos*, historia de una decepción o de un desencanto que le costó una polémica con Volodia Teitelboim, a la sazón crítico literario de «El Siglo», Edmundo Concha inició una evolución que lo alejaba de las inquietudes de otros jóvenes de sus días como Oscar Castro, Gonzalo Drago y Nicomedes Guzmán. Creo recordar

que en un sostenido canje de cartas mantuvo una discusión muy fuerte con el poeta Oscar Castro Z. sobre cuestiones de estricta observancia literaria. Concha, en verdad, era capaz de pelearse con alguien por el crédito o descrédito de un adjetivo. Su admiración por don José Ortega y Gasset, por Jorge Luis Borges, por Hernán Díaz Arrieta (Alone) no tuvo otro sustento que el amor por el prurito del estilo.

Su incorporación con las iniciales E.C. a la columna «Día a día», de «El Mercurio», vino a llenar con creces esta ambición estilística —con la que Winston Churchill lapidó a Ramsay MacDonald— de decir el mayor número de cosas con el menor número de palabras. Durante 30 años por lo menos sus breves notas de «Día a día» constituyeron —como apuntó un comentarista— "modelos de don de síntesis". En efecto, "el público lector lo sigue con la seguridad de encontrar siempre una prosa depurada de toda escoria. Su estilo no resulta bello por el regodeo metafórico sino más bien por el rigor de sus precisiones, las cuales, sin llegar a la soledad, entregan reverberaciones lindantes con la poesía".

En 1987 la colección «Los Contemporáneos» de la Editorial Universitaria reunió en un volumen —*La huella de los días*— un conjunto de tales notas. El autor cistumpó la siguiente dedicatoria en el ejemplar con que nos agasajó: "Para Luis Sánchez Latorre, con el afecto de una amistad de casi medio siglo y que amenaza continuar".

Irónico, mordaz con frecuencia, vivió para hacer del espacio literario el lugar de encuentro de los espíritus superiores.

Edmundo Concha, defensor del idioma [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Edmundo Concha, defensor del idioma [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile